

868
B

PA 1997

.66

S6

v. 5

1791-97



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO



AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.
LIBRO DECIMOTERCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento, y origen de Juan el Siciliano. Su primer nombre, su educacion, y el principio de sus primeros amores con la bella Irene.



In nacimiento fué en Mazara, antigua, y noble Ciudad del Reyno de Sicilia; en el Bautismo me pusieron el nombre de Cesar. Mi Padre fué de una familia honrada, introducida en la Nobleza con Executoria, ó Título del Rey de España. Traía su origen de un Castillo en el Reyno de Valencia, y tenia un hermano, á quien amaba mucho y con quien frecuentemente consultaba en punto á mi mejor educacion. A mi Madre no la conocí, porque

TOMO V.

A

mu-

2 *Las Aventuras de Gil Blas.*
murió antes que rayasen en mí las lucés del primer discernimiento. Luego que salí de la infancia dí señales de un juicio bastantemente perspicaz, por lo que pensaron mis parientes aplicarme al estudio de las letras. Aprendí con facilidad los primeros rudimentos, siendo mi maestro un pedante, reputado por el mejor y mas habil de todo aquel país. Quando cumplí los trece años me enviaron á la Ciudad de Noto para estudiar la Gramatica baxó el magisterio de un Preceptor, que tenia fama de muy erudito en la lengua Griega y Latina. Era un hombre muy estimado de todos, y enseñaba la juventud con un método muy particular. A un mismo tiempo me hacia aprender los dos idiomas, mediante las reglas, que él mismo me dictaba en mi lengua Italiana y natural. Obligabame á leer muchos Autores de los mas clásicos, y me exercitaba en escribir á imitacion de ellos algunas composiciones en ambas lenguas, proponiendome por originales aquellos, que en su juicio estimaba por mas castizos, perfectos y corrientes. Ciceron era su ídolo entre los Romanos, y queria que este fuese (por decirlo así) mi pasto ordinario; pero al mismo tiempo de quando en quando me hacia gustar las sales de Plauto las gracias de Terencio y la hermosura de Horacio. No por eso dexaba enteramente olvidados, á Salustio, ni á Tito Livio; antes bien se complacia en que hiciese algunas excursiones en ellos, pero haciéndome siempre observar las *Patavi-*

Lib. XIII. Cap. I. 3
nidades del uno, y los *Atticismos* del otro. De quien hacia mas poco caso era de Ovidio, y á solo Virgilio permitia que le diésemos algun lugar en nuestras tareas.

En punto á los Griegos daba la preferencia á Aristóteles por la solidez de su doctrina, y pureza del estilo. Despues de este queria, que leyésemos alternativamente á Teocrito, Anacreonte, Pindaro y Homero entre los poetas; y no se oponía á que diésemos alguna ojeada á Aristofanes, mezclando sus sabrosas y divertidas lecciones con las graves de los trágicos Eurípides y Sofocles. Tampoco le disgustaba, que dedicásemos algunos ratos á la lectura de Herodoto y de Tucídides entre los Históricos; á la de Demostenes y Lisias entre los Oradores, y mucho menos á la de Platon entre los Filosofos. Con esta bella eleccion, y no menos bello método gustaba yo todas las mas exquisitas flores de la antigüedad, y poco á poco me iba enriqueciendo con un caudal de noticias superficiales, que, segun decia mi Maestro, con el estudio y con el tiempo yo mismo las perfeccionaria, de manera que llegase á ser un insigne literato.

Confieso que estaba muy gustoso en aquella escuela, la qual nunca me fastidiaba, porque la misma variedad me la hacia divertida. En algunas horas que destinaba el Preceptor á nuestra recreacion procuraba hacerme conocer en qué consistia la perfeccion y el buen gusto de

4 *Las Aventuras de Gil Blas.*

mi propio idioma nativo, dandome noticia de aquellos libros, que le parecian mas castizos y puros para enseñarme con su imitacion á escribir bien en él. Esto era puntualmente lo que mas se conformaba con mi genio, y así me dediqué tanto á esta especie de aplicacion, que insensiblemente se me fué entibiando aquel ardor, con que me aplicaba á los estudios prece- dentes. Particularmente los Poetas Italianos eran todas mis delicias, y comenzando á componer versos, me lisongeaba de que llegaría á ser un grande hombre en este genero de profesion. Era tan ciegamente adicto á todas las opiniones de mi Maestro, que hacia el mas alto desprecio de la escuela contraria, pareciendome absurdo y pernicioso todo lo que ella enseñaba. A todos sus sequazes, solo porque lo eran, los medía por un mismo rasero. Si tomaba en la mano alguno de sus libros, hacia burla de toda su doctrina, y sin dignarme siquiera de exâminar sus razones, la juzgaba digna de censura. Se me habia hecho tan familiar la critica, que pretendia distinguir los Sofistas de los Oradores, sin tener para esto mas reglas que ciertos principios generales y arbitrarios, que se me habian encajado en la cabeza. Pronunciaba *ex tripode* con ligereza y con precipitacion sobre todas las obras, declarando por malas, y aun por perversas todas aquellas, que no estaban en el gusto, que á mí me habian enseñado. Recitaba de memoria y con frecuencia discursos Academicos, Eglo-

gas,

gas,

Lib. XIII. Cap. I.

5

gas, canciones y sonetos, que yo mismo habia compuesto con la misma facilidad con que otro escribiría una carta familiar al Baquero que cuida de sus bueyes.

En estos ejercicios me entretuve hasta la edad de diez y siete años. Todo aquel tiempo se le llevó la niñez y los estudios, sin dar lugar á aquellas distracciones que suelen desviar los animos, enervar los ingenios, y llenar de sarro los entendimientos. Era enemigo de la dissolution, del juego y de la glotonería. Ninguna inclinacion tenia á los teatros, ni á los espectáculos, y el amor aun no habia encontrado lugar en mi corazon para ninguna de aquellas disposiciones que suelen abrir el camino á su tiranía. El concepto que hacian de mí los hombres doctos, gracias á lo mucho que me ponderaba mi Maestro, me entretenia alegremente con la esperanza de que algun dia sería yo igual á ellos; y el dulce sonido de sus continuas alabanzas me hacia creer seriamente que era un muchacho singular, y como un prodigio de mi pueril edad. Pero de repente se mudó todo el teatro.

Acompañábame regularmente con un primo mio, cuyas costumbres no eran las mas loables. El estrecho parentesco que nos unía á los dos, me vendaba los ojos para que no conociese tanto sus vicios, ó para que no percibiese bien todo su horror y disonancia, por lo que no me consideré obligado á evitar su compañía; y así

in.

6 Las Aventuras de Gil Blas.

insensiblemente me fui cebando en ciertos pasatiempos, que si bien á los principios eran muy inocentes, bastaron sin embargo para desviarme enteramente de la inclinacion á los estudios. Condúxome un dia á cierto sitio, que fue el principio de mis grandísimas y por lo comun desgraciadas aventuras, y ví en él á una muchachuela, que podia entonces tener como unos quince años, en cuya bellísima cara se unian todos los atractivos del amor, de tal modo, que no se podian mirar sin sentirse aquellos movimientos y alagueños ímpetus del corazón, que están muy lejos de la indiferencia. Sus negros y brillantes ojos, encontrandose algunas veces con los míos, excitaron en mi pecho un no sé qué, que hasta entonces no habia experimentado; y la turbacion que sentí en mi interior, me hizo desde luego comprender, que eran muy débiles mis fuerzas para resistir á tan dulce como poderoso enemigo de mi sosiego y de mi quietud. Por la trémula voz con que la saludé, conoció ella tambien, que su vista no habia tropezado con ningun tronco, ó con qualquiera otro objeto insensible: ella tambien por su parte, queriendo quizá darme á entender que no era mas fuerte que yo, me respondió con la misma conmocion.

A esta casualidad de haberla visto se siguieron otras muchas que yo mismo solicitaba con particular cuidado, pero sin dar á entender que las buscaba, y dexando creer que todas eran dichas casualidades. Sin embargo, habiendome ense-

ña-



J. Camaron lo dibujó.

M. Samborino lo grabó.

Principio de los Amores del joven Siciliano con la bella Irene.

ñado mi pasión adulta ya y predominante, que los negocios de amor se tratan mejor sin testigos, procuraba escusar la compañía de mi primo, y en las horas que me parecían más oportunas, paseaba la calle donde vivía mi dama. Pero como la vigilancia con que era guardada de sus gentes, no daba lugar á que nos hablásemos, suplían esta fatal desgracia los villetes que la escribía en estilo culto, y con las expresiones más vivas y más enérgicas para excitar el amor. Los villetes iban muchas veces acompañados de canciones y madrigales que la daban mucho gusto por las amorosas voces que se mezclaban en ellos, y en sus respuestas se mostraba la Niña muy agradecida, y no menos penetrada de mi fineza. Aunque ella nunca había hecho estudio de elocuencia, escribía con tanta naturalidad, que me agradaba en extremo, y prefería yo su claridad y su llaneza á toda la facundia de Demostenes y de Ciceron.

CAPITULO II.

Encuentro que tuvo con el Capitan Arnaldo: su prision; cómo le trataron en ella y el partido que tomó.

Continuó por muchos meses nuestra correspondencia sin que ningún siniestro accidente la perturbase. Viendo mi Preceptor que no frecuen-

8 *Las Aventuras de Gil Blas.*

qüentaba tanto la escuela, y que era menos aplicado á sus lecciones, facilmente sospechó qual sería el verdadero motivo de aquella novedad. Fundado en esta sospecha me hizo mil preguntas, y se valió de otros tantos conjuros para que le confesase la verdad; pero yo siempre me mantuve en una obstinada negativa; porque á buena cuenta ya me había enseñado á mentir el tirano mas faláz de los corazones. Como vió que nada adelantaba con sus amonestaciones y consejos, escribió á mis parientes para que me retirasen por algunos meses á la patria, persuadido prudentemente á que la ausencia y la distancia del objeto amado, iria poco á poco desvaneciéndose, y aun olvidando el amor. Este golpe puso en grande agitación todos mis espíritus. Parecióme que me costaria la vida la separacion de aquel mi adorado ídolo. Bañé con lágrimas el villete en que la anunciaba aquella fatal desventura, y en el que ella me respondió estaban todas las señales de su inmoderado llanto en testimonio de su dolor. Pedíame encarecidamente que no dexase de ir á despedirme de ella por la noche, y en el sitio acostumbrado; y yo tan solícito como lo suelen ser los amantes en semejantes casos, fui puntual á la dolorosa despedida, bien que me hallaba sin aliento, y poco menos que enteramente desmayado. Nuestras palabras fueron pocas, y esas interrumpidas con los sollozos y suspiros. Despues de habernos recipro-

ca.

Lib. XIII. Cap. II. 9

camente jurado eterna fé, nos separamos, sintiendo que se venia acercando gente por la calle. Apenas habia andado algunos pocos pasos, quando un hombre á quien no pude conocer por la obscuridad de la noche, me plantó á la cara una linterna, y diciéndome: ¿eres tú mozo disoluto y temerario el que tienes atrevimiento para turbar mi reposo? me descargó una furiosa bofetada, y un gran puntapie, echándome con él en tierra con la misma facilidad que si yo fuese un muchacho de siete años. Una afrenta tan ignominiosa y tan impensada, aunque me llenó de confusion, no por eso me acobardó, ni me hizo perder mi natural valor. Levantéme prontamente del suelo, desembayné la espada, comencé con ella á dar tajos, reveses y estocadas á ciegas y en el ayre: con una de éstas herí al que me habia asaltado, y sintiéndose herido gritó á los que le guardaban las espaldas: *socorro amigos, que me han ofendido.* Acudieron prontos á esta voz doce personas, que cogiéndome en medio de sus armas, me hicieron conocer que eran soldados de patrulla, y que el herido era su Capitan. Sin decirme una palabra me conduxéron al quartel, que correspondia á las murallas de la ciudad, y me encerraron en un aposento muy estrecho, donde me dexaron solo toda aquella noche sin luz, sin cama y sin tener donde sentarme sino en el duro suelo, sirviendo de pasto á las pulgas, á los piojos, y á otros mas asquerosos insectos que me devoraron. Qual-

TOMO V. B quie-

quiera se puede imaginar quales serian mis pensamientos quando me ví en tan miserable estado. No era solo, ni lo que me atormentaba mas el temor de un tratamiento cruel; el amor era el que causaba la mayor parte de mi afliccion: haciendo reflexion sobre las palabras que habia proferido mi enemigo luego que se sintió herido, se suscitó horriblemente en mi corazón el pernicioso frio de unos furiosísimos zelos, el qual mas que todo hizo crecer mis penas hasta lo sumo. Yo mismo era el artifice de mil desastres imaginarios, y mi descompuesta fantasia, combatida de fantásticas especies, forjaba en la mente las mas funestas ideas, que me llenaban de tristeza y desesperacion.

Aquel hombre (decia yo dentro de mí mismo) me llamó *perturbador de su reposo*: luego es mi ribal en el objeto de mi amor; y noticioso de mi correspondencia con la bella Irene (esté era el nombre de aquella damita), intentó vengarse con la vergonzosa afrenta que me hizo baxo sus mismas ventanas, y de la qual tomé yo pronta satisfaccion á costa de su misma sangre. Si esto es así, ¡ah! ¿quién sabe si la misma infiel le dió parte de lo que pasaba entre mí y ella, y si los dos fueron de acuerdo en la ofensa que se me hizo, y en el peligro que corrió mi vida en esta ocasion? Mas de una vez he leído que la muger es una especie de animal tan infiel como feróz; que el disimulo y la perfidia son sus qualidades esenciales, y que en ella la inconstancia y la

instabilidad están en perpetua competencia con la ligereza y la ambicion. Por otra parte representándoseme toda la ternura, y toda aquella ingenua sinceridad con que me trataba, no me podía persuadir que un cuerpo tan bello y tan amable pudiese ser depositario de una alma pérfida y faláz. Entregado enteramente á tan aereos como encontrados pensamientos pasé toda aquella noche, la qual se me hizo mas larga que la otra, en que Hercules fue concebido: tan prolija me pareció su duracion respeto de las demas. Despuntó finalmente la aurora, y comenzó á iluminarse mi aposentillo á merced de un agujero con presuncion de ventana mal abierta en la pared, defendido por la parte exterior con una gruesa regilla de hierro, para mayor seguridad contra la fuga de los que fuesen encerrados en aquella jaula. Asoméme como pude á la tal tronera para ver adonde correspondia, y solo pude descubrir una altísima y medio derrotada pared, que á distancia de muy pocas varas la hacia perspectiva. Entonces sí que acabé de concebir todo el horror de mi destino, y volviendo en aquel punto á sufocarme de tropel las profundas reflexiones sobre la infelicidad del estado en que me hallaba, fueron despues pasando revista una á una por mi pobre imaginacion todas mis desgracias. La libertad que habia perdido, el dolor de mis parientes, que esperaban estrecharme entre sus brazos dentro de dos dias, el desconsuelo de mi maestro, que me habia dado tantas pruebas de su

dadero amor, y el inminente incierto mal que me esperaba, y sobre todo la memoria de mi amante, que no bastó á borrar de mi pecho todo aquel conjunto de penas inevitables, me causaba una angustia inexplicable, haciendo en mi fantasia mucha mayor impresion, que todos los demás desastres. Pasáronse muchas horas sin haber sentido ni el mas minimo rumor; pero al acercarse el medio dia sentí que abrian la puerta de mi aposentillo. Entró en él un Soldado, que presentándome un gran vaso de agua, y un pedazo de pan todo mohoso, me dixo bufonescamente: refocílese usted, y regalese con esa esplendida comida que le envia mi Capitan. Quise entablar conversacion con él, para ver si podia sacarle algo por donde pudiese inferir en qué habia de parar aquella mi desventura; pero el Soldado me hizo luego callar diciéndome, que tenia orden rigurosa para no hablar conmigo. Con efecto él se salió luego de mi camaranchon, echando tras sí la puerta que cerró con diferentes llaves y candados. Era grande mi pusilanimidad, y asi volví luego á los impetus de la desesperacion, tanto, que lejos de querer alimentarme, estuve deliberando si me dexaria morir de hambre. Llegó en fin la noche, y se dobló mi tormento, hasta que cansado de llorar y de echar suspiros al ayre, comenzó á rendirme el sueño, y me dexé caer en la tierra, dond me cobijé lo mejor que pude, pasando la mayor parte de la noche en los acostumbrados funes-

tos

tos pensamientos de mi desdichada fortuna. Acia el amanecer volvió á retozarme el sueño, y aunque no estaba acostumbrado á dormir en colchones tan empedernidos, al fin me adormecí; pero mientras dormian los miembros, velaba la fantasia, desvariando en los sueños mas horribles. Fue de poca duracion un descanso tan inquieto; porque el ruido de no sé qué cosa, que hirió en la rejilla de la tronera, llamada ventana, del aposentillo, me desveló enteramente, é hizo ponerme en pie con la mayor ligereza. Comenzaba ya á salir el sol, y daban sus rayos en la parte superior del paredon que estaba enfrente, de manera que el reflexo iluminaba mi carcel lo bastante para que descubriese dentro de ella un papel en que estaba envuelta una piedrecita. Levantéle luego, y desenvolviéndole ví que era una carta bien cerrada, pero sin sobrescrito. Conocí que no podia ser para otro, que para mí. Abríla con toda aquella prisa y sobresalto, con que un infeliz desea saber las cosas de cuya noticia puede creer, que su vida ó su muerte esté pendiente. ¡Quál fue mi pasmo, quando reconocí por la letra que la carta era de mi adorada Irene! Pasé velozmente los ojos por toda ella, sin hacerme mucho cargo de su contenido; pero volviendo á leerla con sosiego hallé que contenia lo siguiente: *Sé muy bien todo el peso de tu desgracia, y amargamente la lloro. El Capitan Arnaldo es nuestro cruel enemigo, tuyo y mio. Pretende que yo le dé la mano de esposa, amenazándome con tu muerte,*

te, si se la niego. Dos solos dias me dá de tiempo para esta barbara resolucion. El amor que te tengo vencerá el odio mortal con que miro á esta persona, y será preciso que muera yo para que tú vivas. A Dios para siempre.

¿Qué hombre no se desesperaria al oír un anuncio tan fatal? Perdí todo mi espíritu; caí desmayado en tierra, y bramando y rugiendo, me revolcaba en ella como un loco agitado de las furias. Pero finalmente despues que la razon cobró alguna superioridad sobre mis arrebatadas pasiones, se comenzó á aquietar el furor, dando lugar á la mente para admitir ideas y pensamientos mas tranquilos sobre mi cruel situacion. Acordéme que tenia algun dinero en el bolsillo, y en el dedo un anillo de valor. Parecióme que con aquello podia cebar la codicia del Soldado, que el dia antecedente me habia traído la comida, y facilitarme por su medio la suspirada libertad. Con efecto, aunque no con aquel modo, al cabo por su medio se verificó mi pensamiento. Volvió, pues, el Soldado, y aun no bien habia abierto la puerta, le pregunté, si habia renunciado la humanidad. Sorprendióle mi pregunta, y mirándome con ojos compasivos y amorosos, pobre mozo (me respondió) conduélome de tí, pero no puedo ayudarte. Mi Capitan es inexorable en cumplir lo que amenaza, y me costaria la vida qualquiera transgresion de sus ordenes. Intimóme que me haria moler á palos hasta que espirase en

es-

este suplicio sino te trataba con el mayor rigor. Hasle herido en lo mas vivo de su corazon y de su alma, dándose por muy ofendido de tí, no tanto por la ligera herida que le hiciste en un brazo, quanto por la osadia de haberte declarado ribal suyo en una amorosa pretension. Si no logra el consentimiento de su dama, y tambien el tuyo, piensa acusarte á la Justicia de un delito que infaliblemente te conducirá á la muerte, y mas quando tiempo ha que los padres de la misma Señorita se la concedieron. Ella hasta ahora se ha mantenido constante en negarse á los brazos de un hombre á quien no puede amar, y todos están persuadidos á que el amor que te tiene á tí, es la unica causa de la aversion con que le mira á él. Pero ya me he detenido demasiado contigo. Si tardo mas en presentarme á mi Capitan, quizá sospechará que contravengó á la estrecha orden de no darte conversacion. No, no, le repliqué: por amor de Dios, oyeme no mas que dos palabras. No puedo, me respondió, éste no es el tiempo oportuno; y dexándome el pan y el agua, cerró la puerta, y se escapó volando. Sus ultimas palabras me consolaron no poco. *¿Este no es el tiempo oportuno?* repetia yo entre mí mismo. Luego es señal de que buscará y encontrará otra hora mas oportuna para oirme. Con esta alegre esperanza me puse á roer el pan del dia antecedente, y el que acababa de traerme, sin el hastío que me podía causar la calidad de uno y otro,

por-

porque á buen hambre no hay pan malo. Con efecto no hay salsa como el hambre para que todo sepa bien, y fuera de eso es un específico universal y muy seguro para hacer olvidar todos los demás males, quando llega la necesidad á dominar con imperio en los hombres afligidos.

CAPITULO III.

Discurso del mozo Siciliano con el Soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto.

Emplée lo restante de aquel dia en fantásticas consideraciones, alegrándome el mas mínimo ruido que sentia con la esperanza de que fuese el Soldado que volvía á visitarme; pero este deseado momento no llegó hasta ya muy avanzada la noche. Entonces entró el buen hombre en mi quarto con una luz en la mano y una cestilla con una botella de vino y algunas tajadas de carnero asado. Sentémonos, amigo, en el suelo, me dixo, y gocemos juntos estos bocadillos, que han sobrado de la cena de mi amo. Lo mucho que me compadecen tus sucesos me hizo olvidar la obediencia que le debo, y estoy pronto á contribuir al alivio de tus trabajos hasta donde alcan-

zaren mis fuerzas. Estas palabras pronunciadas con un cierto ayre de sinceridad, que no dexaba la menor duda al hombre mas desconfiado, me consolaron mucho mas que la suntuosa cena con que me regalaba, y había extendido ya sobre una servilleta. Usted, señor soldado, le respondí, verdaderamente es un hombre tan honrado, como generoso, puesto que, no contento con reforzar mi lánguido cuerpo, se ofrece tambien á confortar mi abatido y amilanado espíritu. Lo que ahora conviene (me replicó) ante todas cosas es, que tomemos un bocado, y despues hablaremos de nuestros negocios. Facilmente creará qualquiera, que le obedecí prontamente; y despues que devoramos todo lo que estaba delante, y agotamos la botella de vino que me pareció exquisito: ahora bien, me dixo, dime, en qué te puedo servir. Ofrecíle entonces todo quanto tenía conmigo, si hallaba modo de librarme de la prision, añadiendo que mis parientes explicarian mucho mas su agradecimiento, siempre que le reconociesen por único autor de tan señalado beneficio. Descubríle quien era yo, el origen de mi familia y el nombre de mi patria. Soy le añadí la única esperanza de Alonso de Liria, mi anciano padre, y este buen viejo se moriría de dolor, si llegara á saber el estado en que me hallo. Señor Estudiante, me respondió, quando yo no tuviese otros motivos superiores para solicitar con todas mis fuerzas librar á usted de tan dura situacion,